

## EL ALMA SACERDOTAL DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN

Padre F-M. Bergounioux, ofm

*Lo que sigue es una traducción del elogio fúnebre pronunciado por el P. Bergounioux el 10 de julio de 1956 al final de una Misa Solemne de Réquiem por el descanso del alma del Padre Teilhard de Chardin celebrada durante el Tercer Curso Internacional de Paleontología, en Sabadell (Catalonia).*

*El padre Frédéric-Marie Bergounioux (1900-1983) fue prehistoriador, paleontólogo, geólogo, teólogo y profesor del Instituto Católico de Toulouse y, junto con Mons. Bruno de Solages, contribuyó en gran medida a la difusión del pensamiento de Teilhard. En la introducción al texto impreso de su panegírico, el P. Bergounioux afirmó que "todos los participantes extranjeros, que representaban a trece naciones, habían querido, cualesquiera que fueran sus opiniones religiosas, rendir este homenaje al hombre cuyo recuerdo guardaban fielmente en su mente y en su corazón". Y continuó: "Que estas líneas, escritas con el fervor de un discípulo y la admiración de un investigador, sirvan para mantener vivo y brillante el testimonio del padre Teilhard de Chardin".*

- : -

"Arriba y Adelante". Este podría haber sido el lema del hombre cuya memoria nos reúne esta mañana ante un altar en el que el Único Sacrificio de Cristo se renueva místicamente cada día. Ningún lugar de encuentro podría haber sido mejor elegido. Porque nos expondríamos a una comprensión incompleta del sentido de la vida y de la obra del padre Teilhard de Chardin si no centráramos nuestra reflexión en el hecho de que fue un sacerdote y un religioso de la Compañía de Jesús.

Sin duda, todos los que se acercaban a él, aunque no compartieran su fe, quedaban cautivados por el entusiasmo de su acogida, la fidelidad de su amistad, la amplitud de sus conocimientos. También sintieron entre ellos y él ese aliento misterioso e indefinible que, para nosotros los cristianos, manifiesta la presencia del Espíritu. Pero ninguno de los que eran sus hermanos en Cristo, participando del mismo sacerdocio, se equivocó: el encuentro con un hombre así fue una gracia de Dios. Cuando uno lo escuchaba, estaba seguro de que el mensaje que tanto difundía era el único objetivo de su existencia sacerdotal. Era imposible dissociar en él al sacerdote y al erudito; pensaba "cum tota anima" y el agobio en el que a veces dejaban sus deslumbrantes conversaciones marcaba la medida misma del exceso de sus palabras.

Me gustaría simplemente contarles lo que sé de él, para ayudarles a situarse en la estela del Amor que le impulsó por los caminos de la investigación.

Cristo fue realmente el centro de su vida, y lo dijo con un lirismo que indica la profundidad de su amor por Él: "Cristo glorioso, Influencia secretamente difundida en la Materia y Centro deslumbrante donde se conectan las innumerables fibras de lo Múltiple; Tú cuya frente es nieve, cuyos ojos son fuego, cuyos pies brillan más que el oro fundido; Tú cuyas manos aprisionan las estrellas; Tú que eres el primero y el último, los vivos, los muertos y los resucitados; Tú que reúnes en tu exuberante unidad todos los encantos, todos los sabores, todas las fuerzas, todos los estados; es a Ti a quien mi ser llamó con un deseo tan vasto como el Universo; Tú eres verdaderamente mi Señor y mi Dios...

"A tu Corazón en toda su extensión, por todos los recursos que tu atracción creadora ha hecho brotar de mí, por mi ciencia demasiado débil, por mis vínculos religiosos, por mi

sacerdocio y (lo que más estimo) por el fondo de mi convicción humana, me dedico a vivir y a morir de él, Jesús. (Ordos, Mongolia, 1923)<sup>1</sup>

Tales acentos no engañan; es la declaración más formal de una adhesión irrevocable, al mismo tiempo que la esperanza teológica de consumirse un día en la Caridad.

En una vida así, el sufrimiento, que es como el sello de Dios, no podía faltar; lo alcanzaba, en su cuerpo como en su alma. Y lo acogió como un amigo, - un hermano, como hubiera dicho mi Padre San Francisco de Asís: "Sí, cuanto más en el fondo de mi carne está incrustado e incurable el mal, más puedes ser Tú a quien cobijo como principio amoroso y activo de purificación y desprendimiento. Cuanto más se abre ante mí el futuro como una grieta vertiginosa o un pasaje oscuro, más puedo confiar, si me aventuro en él por tu palabra, en que me perderé o me abismaré en Ti, en que seré asimilado por tu cuerpo, oh Jesús." (El Medio Divino) Pero la prueba más crucificante fue, en efecto, la de no ser comprendido, la de ser vilipendiado, casi abandonado. Qué tristeza había a veces en sus ojos, normalmente tan claros, tan confiados. Nunca olvidaré las últimas palabras que me dijo; nos habíamos visto en Nueva York en febrero de 1953 y habíamos pasado muchas horas conversando sobre su único problema. Estaba deliciosamente alegre; al separarnos, me puso las manos en los hombros, se inclinó y (algo que nunca había hecho antes) me besó y dijo: "Reza para que no me muera amargado". Le dejé conmovido y en el avión a Montreal recordé tantas confidencias, siempre discretas, pero tan conmovedoras. Lejos de sus amigos más queridos, esperaba la muerte, sonriente y con el alma en paz. Una vez dijo: "Siempre hay que estar en movimiento y le pido a Dios que me lleve en movimiento. ¿Qué significó la muerte para él? ¿Un cambio de estado, como él decía? Sí, sin duda, pero para aquel que había escrito "Señor, enciérrame en lo más profundo de tu Corazón". Y cuando me retengas allí, quémame, purifícame, inflámame, sublíname, hasta la perfecta satisfacción de tus gustos, hasta la más completa aniquilación de mí mismo"<sup>2</sup> (1923), la muerte representaba la última etapa de la liberación tras la cual la Visión hace desaparecer todas las sombras y la unión con el Amado se hace total, en la gloria del Amor triunfante. Hacía tiempo que deseaba esta comunión: "Oh Energía de mi Salvador, fuerza irresistible y viva, porque de los dos Tú eres el más fuerte infinitamente, a Ti te corresponde el papel de quemarme en la unión que debe fundirnos. Dame algo aún más precioso que la gracia por la que todos tus fieles te rezan. No basta con que muera comulgando, enséñame a comulgar muriendo." (El Medio divino) Quizás incluso sabía que casi se le había concedido su deseo, aquella tarde de marzo de 1955, cuando dijo a uno de sus sobrinos: "Me gustaría morir el día de la Resurrección". Tres semanas más tarde, en la tarde de Pascua, inesperadamente, tuvo lugar el Encuentro Supremo y el alma de nuestro amigo vio por fin a Aquel que tan ardientemente había deseado...

Esta espiritualidad, tan elevada, tan desencarnada, podríamos decir, nos sorprende sin duda. Sin embargo, no es la obra de un monje alejado del mundo, que busca a Dios en alguna celda del monasterio, sino de este viajero incansable que, al final de su vida, se preguntaba "¿Hay otros viajes que los que nos permiten cambiar, no de lugar, sino de esfera, en el Universo?" y que añadía "La película de las cosas me aburre hasta las lágrimas". Lo que amo ya no se puede ver". En realidad, esta profunda vida interior se combinaba maravillosamente con un sentido muy agudo de la concreción. Era un místico con los dos pies en la tierra, como Teresa de Jesús, Francisco de Sales y tantos otros auténticos santos. Es porque desde hace tiempo estaba profundamente convencido de que la materia participa en la obra del Espíritu

---

<sup>1</sup> *La Misa sobre el Mundo*

<sup>2</sup> *Ibid*

Creador y Santificador. ¿Acaso no le confesó a uno de sus allegados que, desde los cuatro o cinco años, ya tenía "un sentido cósmico de la consistencia del conjunto"? Y fue, sin duda, esta necesidad imperiosa de volver a situar a Cristo en su verdadero lugar, en una visión cósmica que ampliara el pensamiento de San Pablo, lo que le lanzó por el camino de la ciencia. Todos conocemos el ardor y el éxito con el que se dedicó a sus investigaciones. Pero si se convirtió en un maestro universalmente reconocido de las ciencias de la tierra, no debemos olvidar que ninguna disciplina le era ajena. El vasto plan que había concebido requería, para ser llevado a cabo, un conocimiento lo más preciso posible del mundo. Cristo, el primogénito de todas las criaturas, el alfa y omega del alfabeto divino, el Autor y Consumidor del Universo, es la llave sin la cual no se puede abrir la puerta del conocimiento; pero es en la medida en que las cosas aparecen en su compleja realidad donde podemos encontrar el vínculo que une situaciones que sólo parecen singulares a un observador insuficientemente informado de su origen, así como de su punto de desenlace. Cristo está en el centro del trabajo que se realiza con amor día tras día. Si el tiempo no es invención", dijo Bergson, "no es nada en absoluto". Transponiendo esta frase a un lenguaje que creo que es el suyo, el Padre habría dicho: "Si en el despliegue de la trama del tiempo no se teje una estofa divina, el mundo es propiamente incomprensible". Por eso, sin duda, aparte de la investigación puramente técnica, el conjunto de la obra resulta, a primera vista, algo desconcertante. Tanto si se leen obras como *El Medio divino*, donde el objetivo espiritual es evidente, o *El Fenómeno humano*, que es "un esfuerzo por ver y hacer ver lo que el hombre llega a ser y requiere, si se le sitúa enteramente y hasta el final, en el marco de las apariencias", no puede dejar de sorprender esta convergencia de esfuerzos conscientes que tienden a reunir el Universo en una Persona en la que todo se resume, o mejor, todo se sublima y perfecciona. La evolución, tal como la conciben los paleontólogos, los historiadores de la vida, no es más que un "momento", el más importante, sin duda, pero parcial y final en una génesis que abarca todo el mundo creado; entonces se introdujeron en el vocabulario estas palabras, que han hecho fortuna y de las que nadie podría prescindir en adelante: cosmogénesis, biogénesis, antropogénesis, a las que corresponden una biosfera y sobre todo una noosfera, una fina película de pensamiento que envuelve la tierra y le da todo su sentido y su valor. La naturaleza está, por tanto, como quería San Pablo, en los dolores del parto, entregada a esta terrible labor del alumbramiento, hasta que amanezca el día del Señor.

Tal es el propósito de esta obra gigantesca pero profundamente "una", cuya altísima ambición y profunda originalidad de procedimiento son a la vez evidentes. En efecto, nos encontramos ante un intento de sintetizar las ciencias de forma espiritual. Se puede decir que el padre Teilhard sólo vivió para ello; sólo la muerte le arrebató la pluma de sus dedos que acababa de dibujar las últimas líneas de un último ensayo: *El Crístico*. Quiso poner fin al divorcio entre el pensamiento cristiano y el mundo científico, quiso reintegrar a Dios en su obra, más particularmente en el corazón del hombre, cuyos deseos más auténticos, pero aparentemente más peligrosamente ilusorios, son establecerse en la paz inmutable del Amor, que había conquistado con gran dificultad. "No me buscarías si no me hubieras encontrado ya", dijo Pascal, y esta búsqueda apasionada no sólo hizo que el Padre levantara los ojos al cielo, sino que le obligó a llevarlos hacia adelante, hasta el final del camino donde se produciría el inefable encuentro. "Arriba y adelante".

Esta interpretación de los distintos campos del pensamiento humano no estaba exenta de graves peligros. ¿Quién podría pretender tener un conocimiento suficientemente preciso de todas las disciplinas: teológicas, filosóficas, científicas, para discutir las con la precisión que justamente requieren los especialistas? La grandeza de este hombre consistió en haber

corrido simplemente este riesgo, con la certeza de toparse con contradicciones que no siempre se expresaban en términos amistosos. Cuando un teólogo católico se encuentra en presencia de una síntesis intelectual de esta magnitud, tiene el deber de considerarla a la luz inmutable de la Revelación: si se pueden abandonar ciertas posiciones tradicionales, la verdad dogmática debe ser siempre salvaguardada. Y hay que decir que en esta "cristogénesis", la obra del Universo en su camino hacia el punto "omega", la meta luminosa de la humanidad, puede quedar un equívoco en la mente. Es bastante difícil ver cómo se pasa de esta conciencia colectiva a una llamada a la superpersonalización. Todas estas cuestiones están quizá más allá de las posibilidades de la inteligencia humana, que encuentra su grandeza en alcanzar sus límites.

¿Quién puede dudar de que esta impotencia para expresar la convicción más íntima y profunda de su alma fue el sufrimiento vigorizante de su vida? Hasta el final luchó, como un bello paladín - la lucha de Jacob contra el Ángel -, convencido de que un día su obra triunfaría, no por el estúpido deseo de tener razón, sino impulsado por la certeza de que el mundo sólo saldría del caos en que se debate el día en que Dios, Dueño del Universo, ocupara por fin su verdadero lugar en la mente y el corazón del hombre. Y la Iglesia, guardiana de los tesoros espirituales, representaba para él la única garantía de un futuro demasiado incierto. Si la Iglesia desaparece", me dijo, "todo está perdido.

Esta fidelidad a su misión le fijó cada vez más en el marco de vida al que había sido llamado. Cuando la gente intentaba -y lo hicieron en varias ocasiones- desvincularlo de la Compañía de Jesús, él respondía con una sonrisa que ella era una buena madre y que sabía mejor que él lo que era mejor para su alma. Cuando le llegaban los honores, aunque no los había buscado (pues la intriga no encajaba en su actitud habitual), los aceptaba con la misma sonrisa ligeramente irónica; estaba fuera del alcance de las vanidades terrenales. Sólo Dios contaba y su Reino debía establecerse. Sólo se sentía realmente a gusto en medio de sus amigos, con los que dejaba hablar libremente a su corazón.

Y nada, estoy seguro, le habría complacido más que saber que un día los participantes en un simposio de paleontología dejarían por unos momentos sus discusiones, a menudo inútiles, y se acercarían a una iglesia para meditar sobre sus ejemplos y rezar por el descanso de su alma.

Que el Dios de las luces abra las puertas de la Eternidad deslumbrante a su servidor Pierre Teilhard de Chardin, sacerdote profeso de la Compañía de Jesús.